

Tahivilla. Construcción de un paisaje moderno en el territorio

José Ramón Rodríguez Álvarez

Recibido: 30 de noviembre de 2021 / Revisado: 3 de diciembre de 2021 / Aceptado: 10 de diciembre de 2021 / Publicado: 7 de abril de 2022

RESUMEN

Tahivilla es el tercer poblado que el Instituto Nacional de Colonización construyó a nivel nacional y el segundo de Andalucía. Trasciende la consideración reduccionista de ser un poblado oficial trazado artificialmente en la nada, a medias entre la racionalidad económica de una autarquía y la recreación del tipismo andaluz. Tras una superposición de capas de pintoresquismo se esconde una reinterpretación moderna de lenguajes históricos y una reflexión sobre la construcción del espacio urbano. Un nuevo paisaje que muestra la ardua asimilación de la arquitectura moderna en la España de posguerra. En el medio rural, inadecuado a priori para tales ensayos.

Palabras clave: autarquía, colonización, paisaje, arquitectura moderna, reinterpretación.

ABSTRACT

Tahivilla is the third settlement built by the National Colonisation Institute at national level and the second in Andalusia. It transcends the reductionist consideration of being an official settlement created artificially in the middle of nowhere, halfway between the economic rationality of autarchy and the recreation of Andalusian typicality. Behind a superimposition of layers of picturesqueness lies a modern reinterpretation of historical idioms and a reflection on the construction of urban space. A new landscape that shows the arduous assimilation of modern architecture in post-war Spain. In the rural environment, unsuitable a priori for such experiments.

Keywords: autarchy, colonisation, landscape, modern architecture, reinterpretation.

1. INTRODUCCIÓN

En 1939, tras la guerra civil, España quedó arrasada. La reconstrucción del territorio nacional fue de los primeros empeños del régimen franquista. Que no debía restringirse a la reparación material, sino supeditarse a la “renovación del espíritu de la Nueva España”, como se afirmó en la Asamblea Nacional de Arquitectos celebrada en Madrid en junio de 1939 (cit. en Box, 2012: 151). Tal empresa requería un engranaje de envergadura. Para garantizar la coordinación de las actividades constructivas y su sometimiento al régimen, antes de finalizar 1939 quedó armado un conglomerado de servicios técnicos que aglutinó en torno a la existente Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, instituciones recién creadas como la Dirección General de Arquitectura, el Instituto Nacional de la Vivienda y el Instituto Nacional de Colonización (INC) (Calzada, 2006a: 381).

El INC pretendía “desarrollar, a partir de las infraestructuras primarias [...] todas las obras necesarias para la completa puesta en riego, desde redes secundarias hasta la vivienda del colono” (Calzada, 2006a: 381). Asumió como influencias para el trazado de sus poblados las prácticas realizadas por la II República con criterios moderadamente racionalistas. Del ámbito internacional adoptó experiencias de colonización del fascismo italiano, la *bonifica integrale* mussoliniana, cuyo soporte ideológico era perfectamente importable (Calzada, 2006a: 470). El INC reguló el programa de los poblados en sus circulares internas. Debían satisfacer dos exigencias: racionalidad y estética. Conceptos de complicado equilibrio en el marco de una economía hundida que hacía superflua cualquier divagación estilística (Calzada, 2006a: 531). Como modelo urbano el INC adoptó el concentrado frente al disperso. Elección que

no respondió a una cuestión urbanística, sino que tenía un trasfondo ideológico. El jefe del Servicio de Arquitectura del INC señaló que “se ha experimentado en la práctica [...] que cuando la casa queda alejada de la iglesia y de la escuela, el porcentaje de colonos y familiares que viven al margen de la religión y analfabetos es enormemente elevado” (Tamés, 1948: 420).

Así, con la ideología conveniente, el instrumental adecuado y sin impedimento alguno, Franco interpretó el rol del “cirujano de hierro” de Joaquín Costa (Dueñas, 1997: 106) para acometer una colonización integral del territorio nacional, dilatada tras décadas de intentos malogrados desde que la II República la formulase para redistribuir la tierra entre el campesinado. Ahora en cambio tendría como fin confinar a esa población en poblados creados ex profeso para tejer una estructura productiva agraria con la que garantizar la autosuficiencia de un país que se aprestaba a embocar el negro callejón de la autarquía. Otras intenciones subyacían ocultas bajo el discurso de esta independencia económica: el control social del campo, tradicionalmente hostil al régimen. Y su aprovechamiento propagandístico y político bajo una apacible formalización urbana que magnificara “el sentido artístico y el genio particular de lo español” (Bidagor, 1939: 60). Bajo esta óptica, la creación de poblados de colonización supuso una “misión de apostolado del medio rural” (Calzada, 2006a: 422) en la que sus habitantes fueron probetas de la política reaccionaria del régimen, y su adoctrinamiento la garantía de continuidad del poder.

La arquitectura, por su parte, contribuyó a este proceso cediendo autonomía y capacidad crítica para constituirse en herramienta política. Debió someterse al fin oficial de “crear un continente material que permitiera encarnar en él todos los valores espirituales que constituían la gloria del pasado y los anhelos del futuro” (Box, 2012: 153). En la nueva España totalitaria que comenzaba no era posible la libertad disciplinar de la arquitectura, al igual que no eran posibles las libertades individuales. No había “libertad ante el Estado para hacer los trabajos según el humor de cada uno” (Bidagor, 1939: 60). Sin

embargo, esta línea de actuación que se abrió con la posguerra, con el territorio como soporte de poblados de colonización y de producción de arquitecturas en serie, resultó fundamental para la propagación en España de la arquitectura moderna surgida de las vanguardias europeas de principios de siglo XX.

2. EL ARQUITECTO

2.1. Perfil

El encargo del poblado de colonización de Tahivilla recayó en el arquitecto Fernando de la Cuadra Irizar. Nacido en Utrera en 1904, titulado en 1928 y arquitecto municipal de Jerez de la Frontera desde 1935, había dado muestra de su talento en el pabellón *Maggi* para la Exposición Iberoamericana de 1929 de Sevilla, donde incluyó valientemente el racionalismo en plena apoteosis de la arquitectura regionalista. De la Cuadra había ganado en 1934 *ex aequo* con un grupo de arquitectos de la vanguardia madrileña el concurso nacional de anteproyectos para la construcción de poblados en las zonas regables del Guadalquivir (Anónimo, 1934: 293), convocado por el organismo republicano Obras de Puesta en Riego (OPER). Realizó posteriormente un estudio sobre la vivienda rural en la misma zona encomendado por el Instituto Nacional de la Vivienda. De este análisis de arquitectura popular extrajo consideraciones tipológicas y funcionales con las que ensamblar en parcelas rurales programas residenciales junto a espacios agrícolas. Para determinar un tipo arquitectónico de fácil reproducción y viable dentro de la coyuntura económica y técnica de la España del momento (Mosquera y Pérez, 1990: 125).

2.2. Los proyectos

De la Cuadra redactó en 1944 un “anteproyecto comprendiendo 60 viviendas protegidas, 2 escuelas e Iglesia” (De la Cuadra, 1944: 1) en el que proyectó “50 viviendas agrícolas para los colonos con sus dependencias de establo, graneros, etc. 5 viviendas para artesanos, cuatro para profesionales o sean un médico, un practicante y dos maestros; un curato, la Iglesia, dos escuelas y toda la

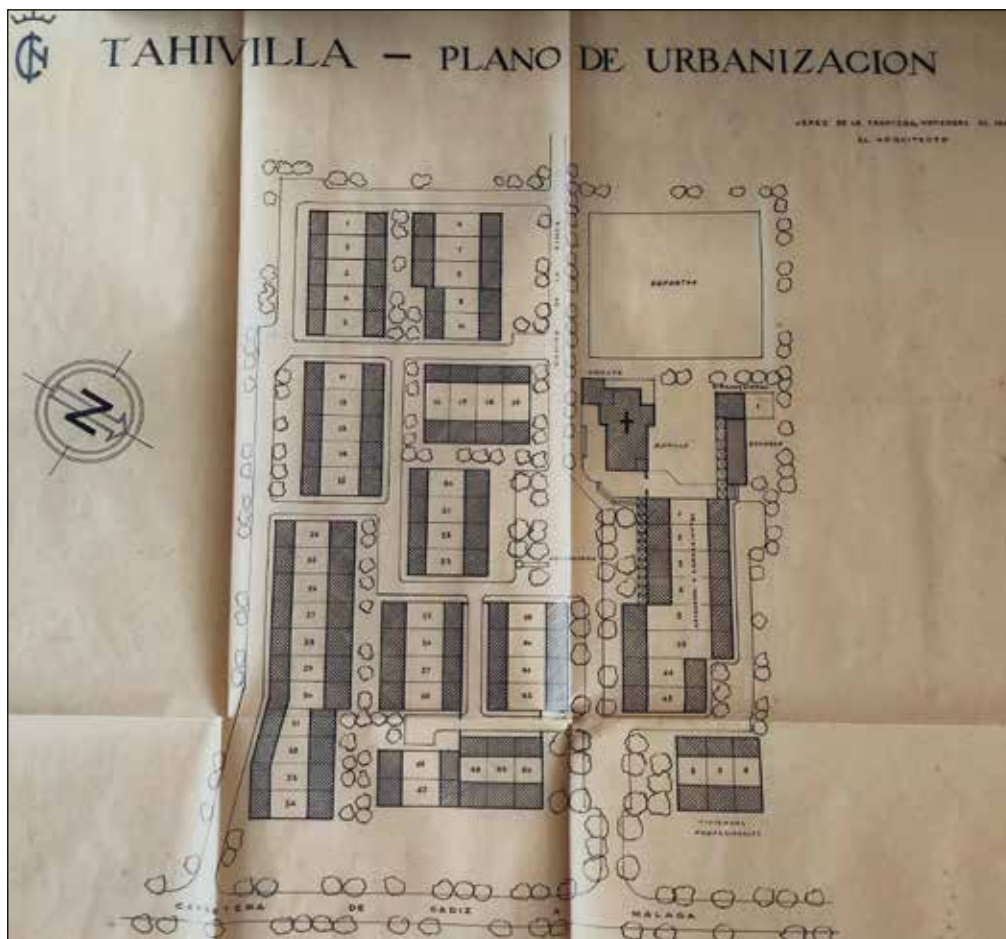


Lámina 1. Plano de urbanización de Tahivilla, basado en manzanas regulares, convenientemente alteradas. Fernando de la Cuadra, 1944. Archivo privado de Fernando de la Cuadra Irizar (APFCI), Jerez de la Frontera

urbanización correspondiente” (De la Cuadra, 1944: 1). En 1946 desarrolló en un proyecto el documento anterior. En él efectuó un nuevo reparto de viviendas, que pasaron a ser cuarenta y seis para colonos, seis para artesanos, tres para profesionales, y una para el maestro. La escuela cambió sustancialmente respecto al anteproyecto, incluyó adosada la vivienda del maestro y modificó su alzado. Y creó la casa consistorial en una manzana de la plaza destinada inicialmente a viviendas. En 1947 redactó una nueva propuesta en la que modificó la iglesia. La giró sobre su eje longitudinal para alinear la torre con la calle principal. La planta de cruz latina de 1944 la cambió por otra rectangular, solo ensanchada en la portada. Se modificaron también las dependencias agrícolas de 1946, firmándolas un ingeniero agrónomo.

El ámbito de la colonización de Tahivilla, una finca “que ya contaba con 40 chozos mal acondicionados” (Calzada, 2006a: 489), se estableció segregando una parcela de 600x500 m² de la parte laborable de la finca. Pero el poblado proyectado por De la Cuadra fue de 53.000 m². Debido a que “lo proyectado no es más que la parte inicial de un pueblo que está llamado -en su día- a adquirir un gran incremento por su estratégica situación dentro de una zona tan despoblada” (De la Cuadra, 1946: 1). De modo que lo proyectado era el “punto inicial” (De la Cuadra, 1946: 1) de una actuación sobre el territorio más amplia y diferida temporalmente. Una primera acotación urbana que descansando en una expectativa latente permita que “puedan llevarse a cabo las ampliaciones necesarias sin agobio de terreno” (De la Cuadra, 1946: 1).

3. LA INTERVENCIÓN

3.1 La trama alterada

El primer paso para la construcción de Tahivilla era determinar su trazado urbano. De la Cuadra lo confió a la ortogonalidad. Un recurso científico que atraviesa la historia del urbanismo, presente en planes hipodámicos, cuadrículas romanas, ciudades hispanoamericanas, nuevas poblaciones de Sierra Morena, o ensanches urbanos. Al igual que esos modelos, el patrón del tejido urbano era la manzana de geometría regular. Que facilitaba su seriación atendiendo a criterios de economía y racionalidad. Pero a diferencia de aquellos, sorteó la rigidez de la trama desplazando, girando y truncando sus manzanas. Así, las calles rectilíneas resultaron discontinuas, interrumpidas por fachadas que introducían en ellas visiones particulares del conjunto. También generó ámbitos de encuentro separando las manzanas y dimensionando ampliamente los espacios libres que las envolvían. Enfatizándolos con abundantes elementos vegetales.

De la Cuadra impidió con estas hábiles manipulaciones según las reglas de recreación pintoresca de Camilo Sitte¹ que el espacio urbano en lugar de devenir escenario predecible y difícilmente significativo, dado por una monótona seriación de volúmenes y calles iguales, contase con la adecuada legibilidad urbana y con lugares de relación en los que se fomentase la cohesión social del poblado. En su perímetro ubicó un cordón verde como acotación del espacio urbano y como integración visual con el territorio.

3.2 El viario jerarquizado

De la Cuadra loteó perpendicularmente las manzanas del poblado a su ancho para obtener parcelas estrechas y alargadas de similares dimensiones. Que procedían de sus estudios sobre la vivienda mínima agrícola. De este modo propició que cada una de esas células contara con dos accesos. Uno por cada calle delimitada por la manzana. Recurso que le permitió destinar una al tránsito de personas y otra al de “animales mayores” (De la Cuadra,

1946: 2). Se conectaba así el trazado de Tahivilla con la reflexión sobre circulaciones separadas y categorizadas presente en el urbanismo desde el primer tercio del siglo XX, que, introducida por Tony Garnier y perfeccionada por Le Corbusier constituyó una herramienta de construcción del urbanismo social.

Esta segregación funcionalista de los flujos repercutió en el tratamiento material de las calles. En las peatonales se enfatizó su vocación relacional con una mayor escala, con la disposición de tratamientos vegetales y una pavimentación más amable. Recreando en el ámbito rural, pese a sus alteraciones modernas en forma de discontinuidades y quiebros para el control de la perspectiva, el carácter tradicional, “antimoderno” (Calzada, 2006a: 613), de la calle andaluza. Del otro lado, las calles para los animales, de mayor desgaste, reforzaron su carácter utilitario al quedar reducidas a la expresión justa para facilitar el cruce de carros. La calle principal que a modo de cordón umbilical conectó perpendicularmente la carretera con la plaza del poblado es buen ejemplo. Su relevancia se tradujo cuantitativamente en la mayor anchura viaria de Tahivilla y cualitativamente en la dotación de arbolado a ambos lados.

3.3 El centro cívico

La plaza, centro cívico en la nomenclatura del INC, era la pieza imprescindible y más significativa a disponer en el poblado. Debía asumir el papel representativo de los ideales franquistas y ser sostén de la vida cívica y religiosa de sus habitantes. Verbalizar arquitectónicamente la misión trascendente que Dios había señalado para España (Blein, 1940: 16). De la Cuadra dotó la plaza de Tahivilla con iglesia, casa consistorial, comercios y grupo escolar con dos aulas y vivienda del maestro, todos “con la amplitud necesaria para que con el total desarrollo del pueblo no sean insuficientes, sino con la capacidad necesaria en todo momento para el buen cumplimiento y

¹ El libro *Construcción de ciudades según principios artísticos* de Camilo Sitte, de 1889, estuvo disponible en España en el primer tercio del siglo pasado. Fue editado en 1926 por la editorial Canosa de Barcelona.

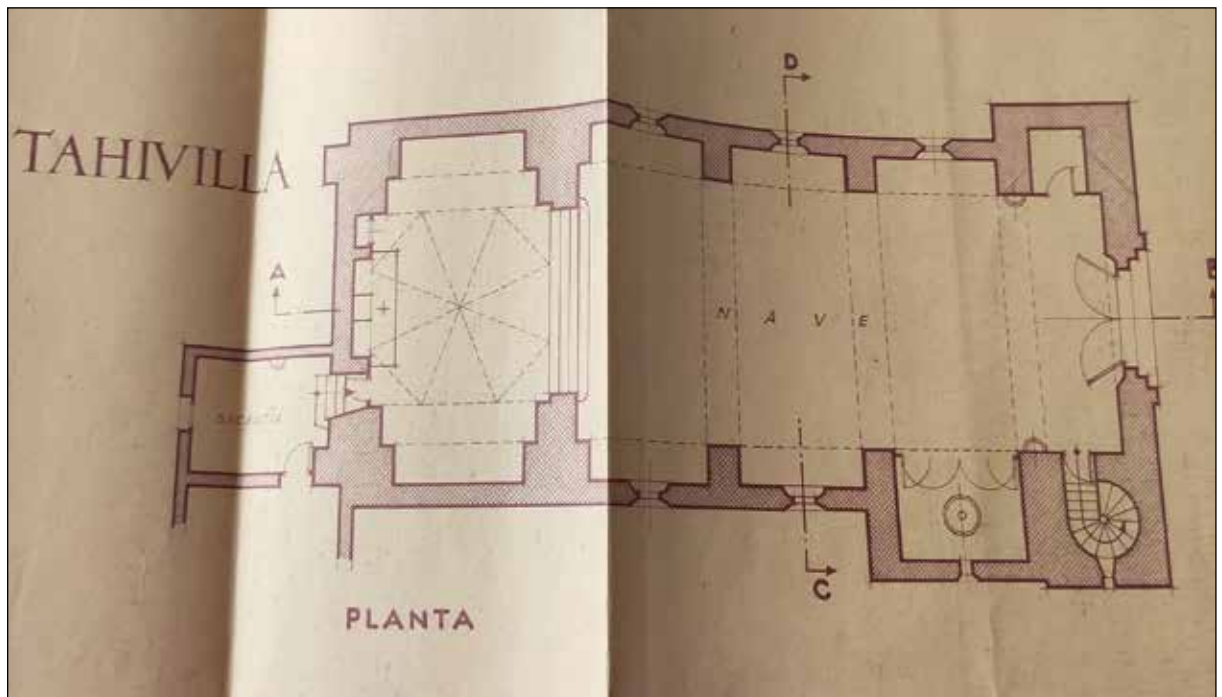


Lámina 2. Planta de la iglesia de Tahivilla, conformada por una única nave rectangular cuyas alineaciones solo alteran la portada y la pequeña capilla bautismal tras ella. Fernando de la Cuadra, 1947. APFCI

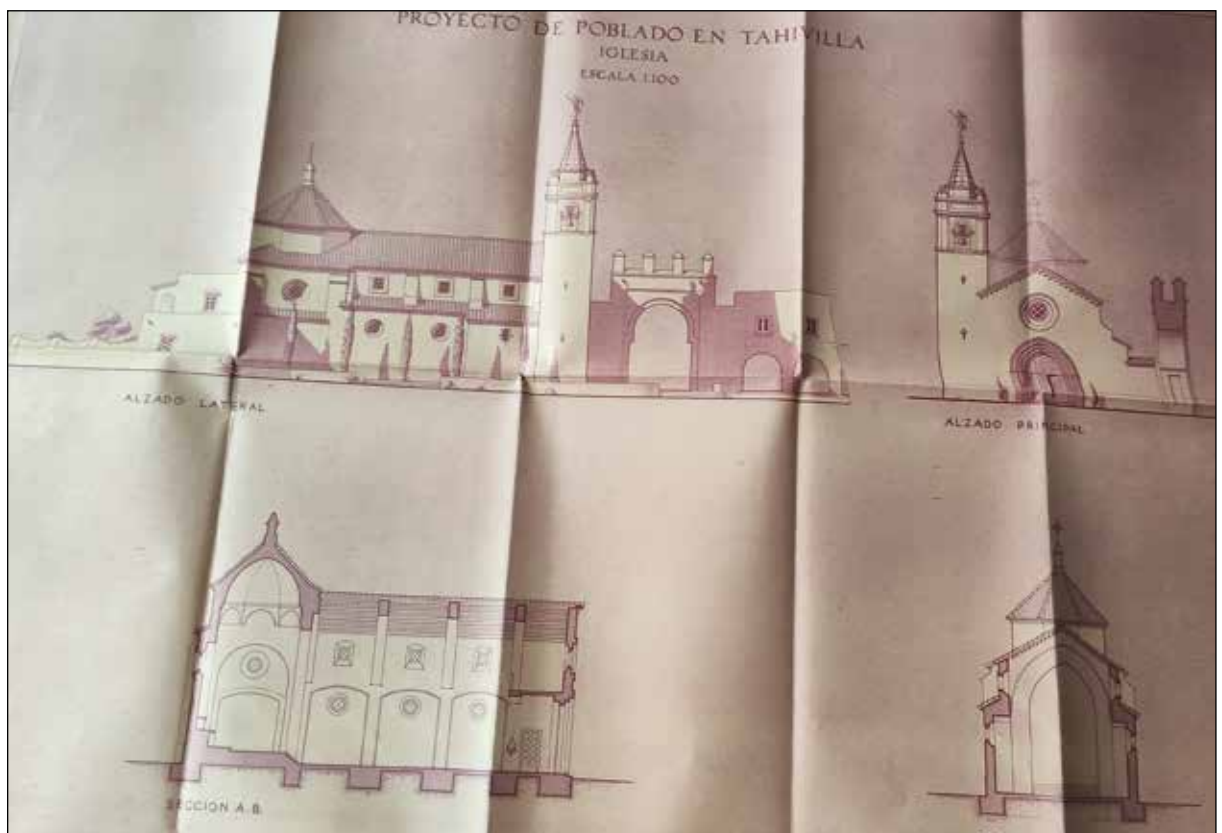


Lámina 3. Alzados y secciones de la iglesia de Tahivilla, en los que se aprecia la limpieza de su composición y cómo el ornato solo se circunscribe a los elementos dispuestos para su funcionalidad. Fernando de la Cuadra, 1947. APFCI

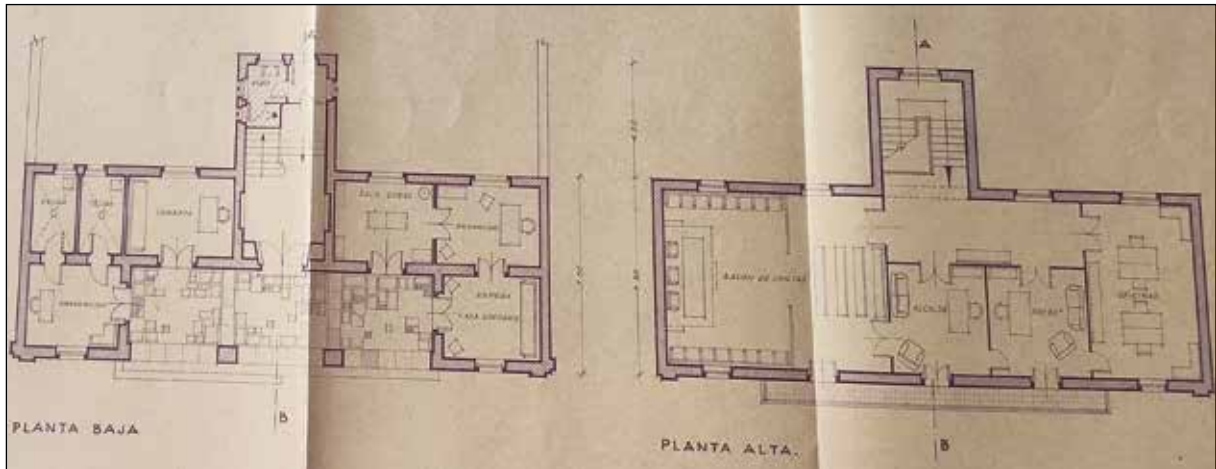


Lámina 4. Plantas de la casa consistorial de Tahivilla, en las que se aprecia la diversidad de su programa público; destinándose la planta inferior a los servicios públicos y la superior a la administración institucional del poblado. Fernando de la Cuadra, 1946. APFCI

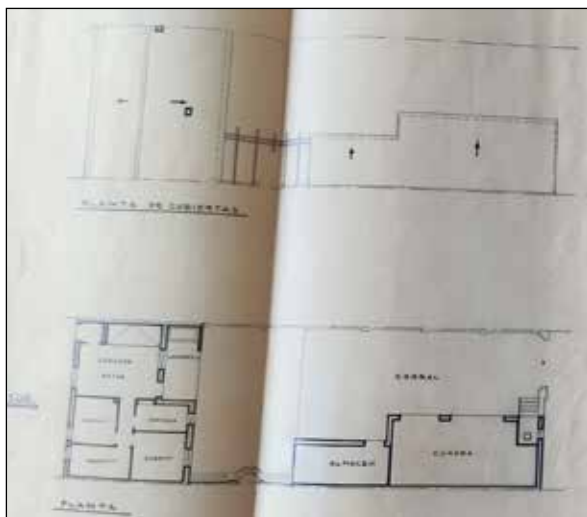


Lámina 5. Plantas tipo de una vivienda de colonos de una única altura de Tahivilla, en las que se aprecia la secuenciación de programas domésticos y agrícolas, cada uno a una fachada, y los espacios libres de transición entre ambos. Fernando de la Cuadra, 1944. APFCI

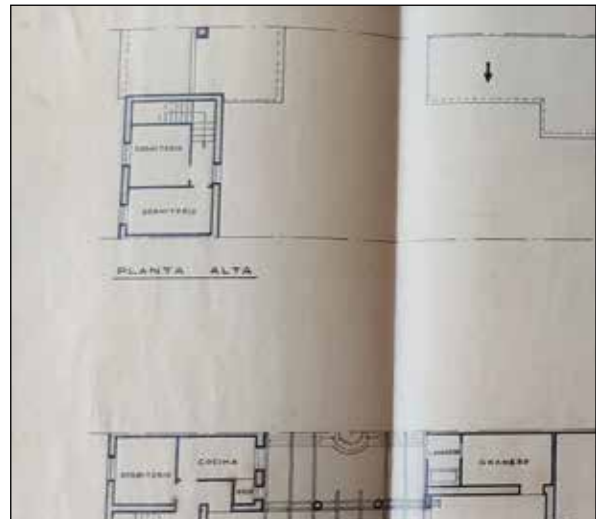


Lámina 6. Plantas tipo de una vivienda de colonos de dos alturas de Tahivilla, en las que además de la secuenciación de los programas domésticos y agrícolas, y sus espacios libres intermedios, se aprecia el juego de vacíos y llenos en la planta superior. Fernando de la Cuadra, 1944. APFCI

desarrollo de su misión” (De la Cuadra, 1946: 2). Y la ubicó en el punto más alto del terreno para monumentalizarla visualmente y para generar el trazado del resto del poblado desde ella siguiendo la pendiente. Es el mismo principio generador de las ciudades hispanoamericanas, trazadas a cordel a partir de una plaza mayor con iglesia que solía constituir el centro geométrico de la composición. La diferencia con ese esquema estriba en que aquí el centro cívico se dispuso excéntrico. Provocando que el poblado basculara

a su alrededor de manera desigual. Al igual que en las alteraciones a la trama reticular, esta desviación trataba de evitar la ley geométrica de trazado previsible. Decidida la posición del centro de gravedad de Tahivilla, restaba obtener la máxima visibilidad para sus edificios representativos. Para ello De la Cuadra diseñó la plaza en “turbina”. Truncando en ella el eje principal del poblado. Con la iglesia como cierre de su perspectiva desde la carretera de acceso y la casa consistorial y los comercios en dos planos distintos,

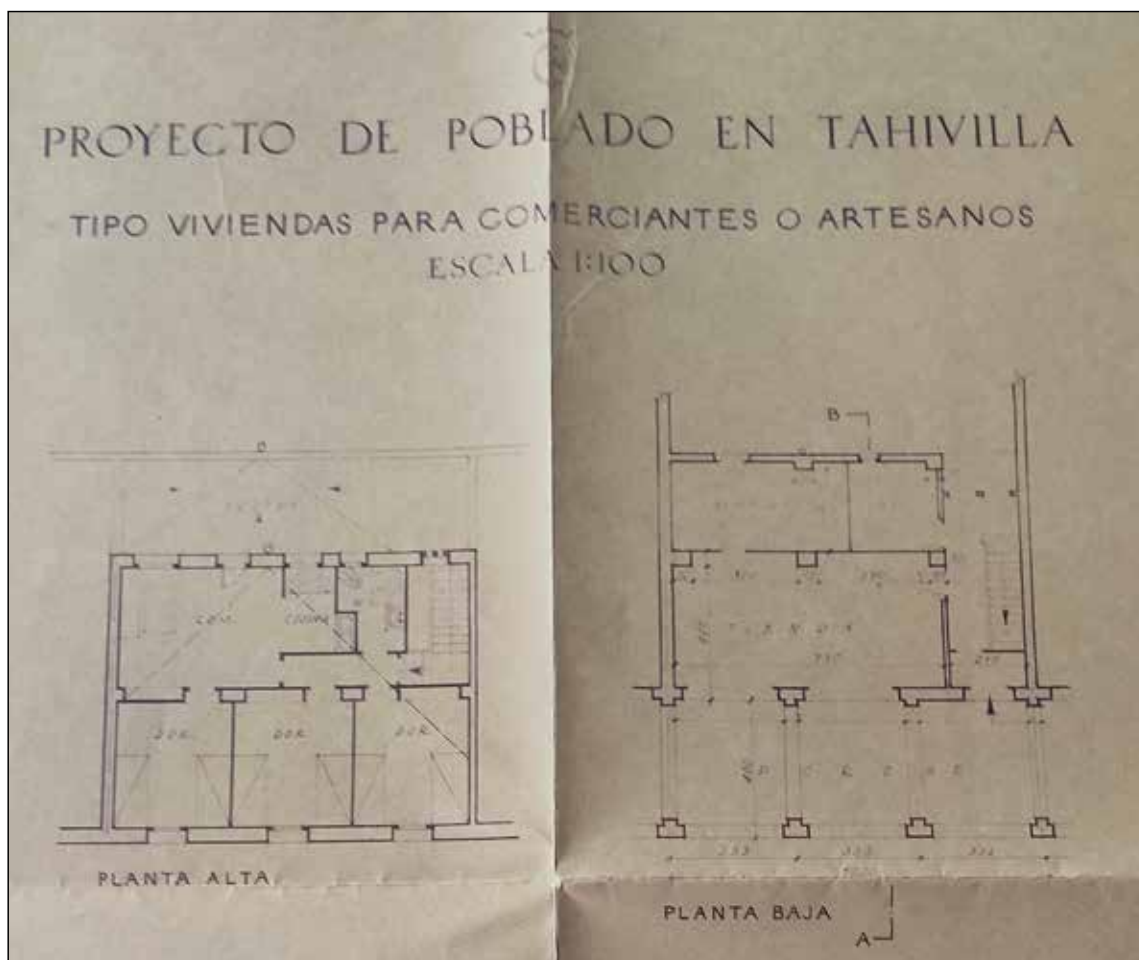


Lámina 7. Plantas de las viviendas para comerciantes o artesanos de Tahivilla, con la disposición del programa doméstico en su planta superior y los espacios comerciales en la baja, tras soportales.
Fernando de la Cuadra, 1946. APFCI

en ángulos opuestos, de la plaza. De esta forma conseguía que las perspectivas que confluían en la plaza siempre acabaran en alguno de sus edificios.

La iglesia la proyectó “con la amplitud necesaria para el poblado, tal y como se prevé pueda ser en el futuro y con el debido decoro que le corresponde a la elevada misión y trascendencia que se le encomienda, aunque está desprovista de lujo y exornes superfluos” (De la Cuadra, 1946: 3). Su torre además de marcar la dirección del eje principal viario permitía balizar al poblado en el territorio y hacerlo reconocible en la distancia.

La casa consistorial consta de “salón de sesiones, despachos del alcalde y secretario y oficinas. Asimismo, se ha previsto en dicho edificio la correspondiente Casa de socorro, con sala de espera, despacho y clínica. También los servicios

de Correos con su correspondiente buzón. Y los servicios de seguridad y vigilancia con dos celdas independientes” (De la Cuadra, 1946: 3).

3.4 La vivienda

La vivienda unifamiliar es la célula mínima del tejido urbano de Tahivilla. Su disposición entre dos calles le procuraba, por una parte, unas adecuadas condiciones higiénicas en cuanto a ventilación y soleamiento y, por otra parte, la posibilidad de conciliar al tiempo que diferenciar necesidades domésticas y labores agrícolas. Solo restaba el concurso de la arquitectura para configurar a partir de esta relación residencia-agronomía una vivienda que, concebida como “objeto productivo tecnificado” (VVAA, 2008: 18), fuera apta para la producción en masa.

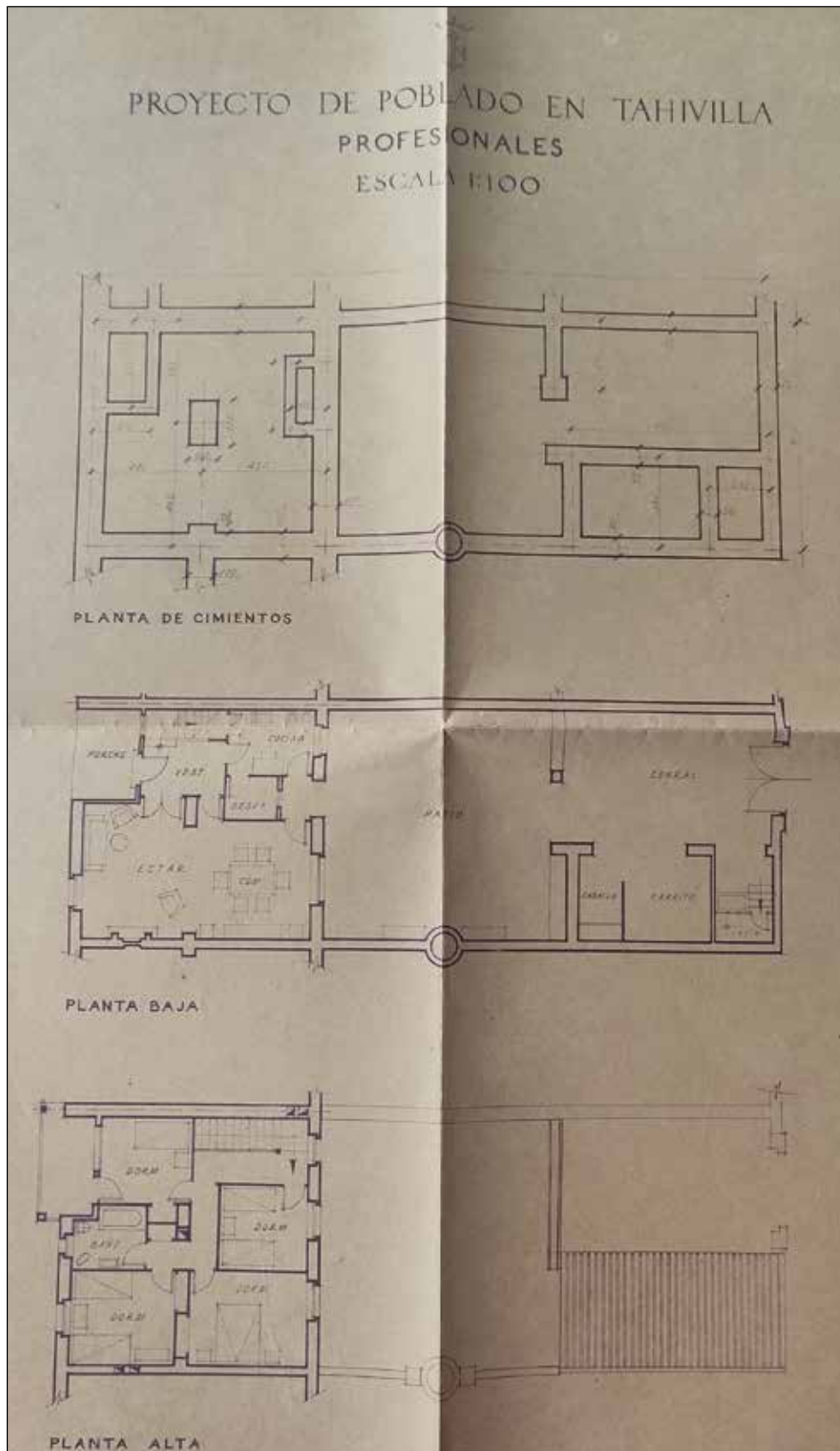


Lámina 8. Plantas de las viviendas para profesionales de Tahivilla, con la disposición del programa doméstico a dos plantas, con integración de usos agrícolas. Fernando de la Cuadra, 1946. APFCI

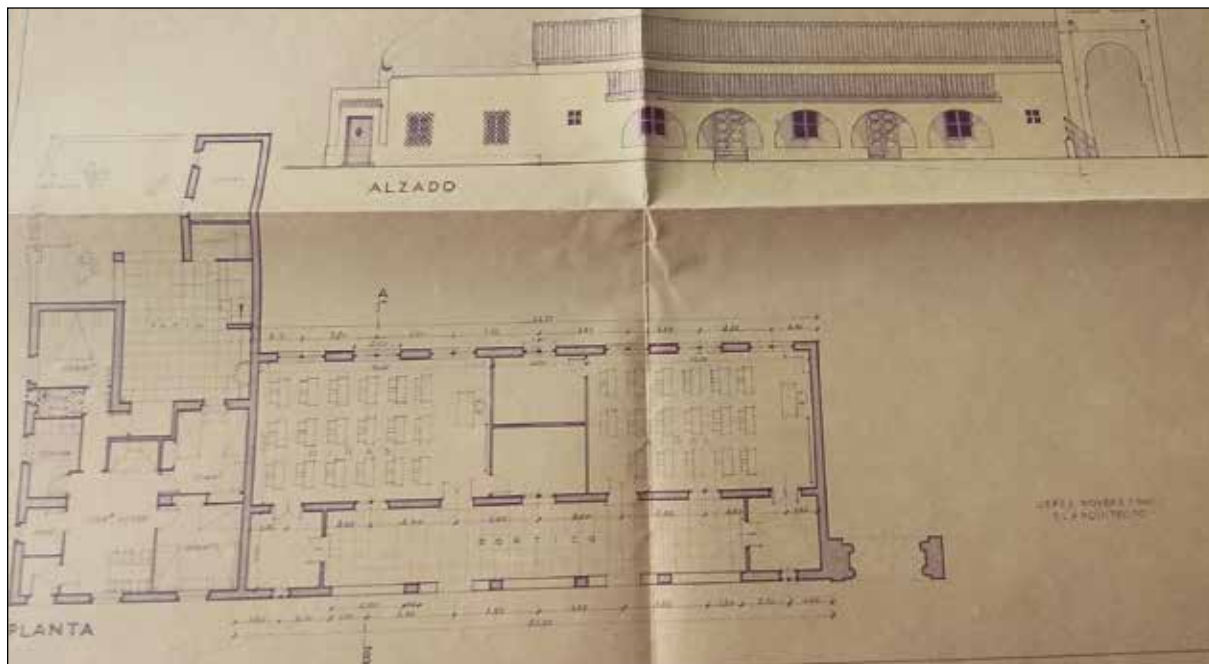


Lámina 9. Planta y alzado de la escuela de Tahivilla, con dos aulas segregadas por sexos, relacionadas entre sí y con el exterior por un pórtico de arcos apuntados, y con la vivienda del maestro adosada, con integración de usos agrícolas. Fernando de la Cuadra, 1946. APFCI

Con una doctrina oficial retrógrada, la economía hundida y sin industria capaz de suministrar los materiales adecuados, Tahivilla no podía aspirar a las propuestas modernas de producción residencial masiva sintetizadas en la segunda década del siglo XX, como la *Maison Dom-Ino* de Le Corbusier. En cambio, suplió estas carencias aprovechando mano de obra barata y materiales vernáculos, como piedra secada en la finca, en muros, ladrillo, en fábricas y forjados, y teja cerámica y madera de pino, en cubiertas.

Ello no fue obstáculo para que la arquitectura, fundamentalmente a través de las plantas, se

revelara ágil para articular diversos programas residenciales con la máxima eficacia espacial. Y los secuenciara con usos agrícolas en un montaje longitudinal de la parcela en el que los espacios libres entre ambos actuaban como dispositivos de transición y posibilitaban futuras ampliaciones. Este juego de vacíos y llenos se trasladó en las viviendas de dos plantas a las superiores en una variada composición de volúmenes exteriores en función de los tipos proyectados. Para evitar colmatar por completo y significar los planos de fachada en las manzanas, una vez marcadas sus alineaciones con las plantas inferiores, que sí

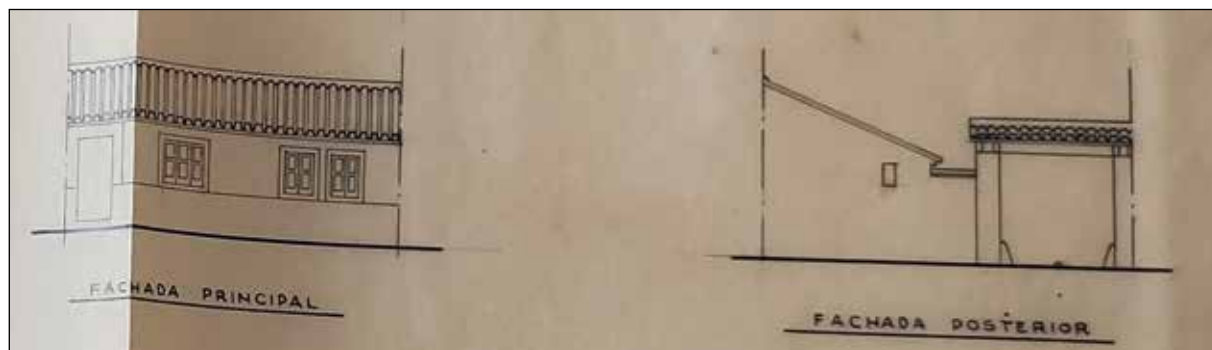


Lámina 10. Fachadas tipo de una vivienda de colonos de una única altura de Tahivilla, en las que se aprecia la humildad general de su composición y el diferente tratamiento entre las fachadas principal, la residencial y la posterior, agrícola. Fernando de la Cuadra, 1944. APFCI

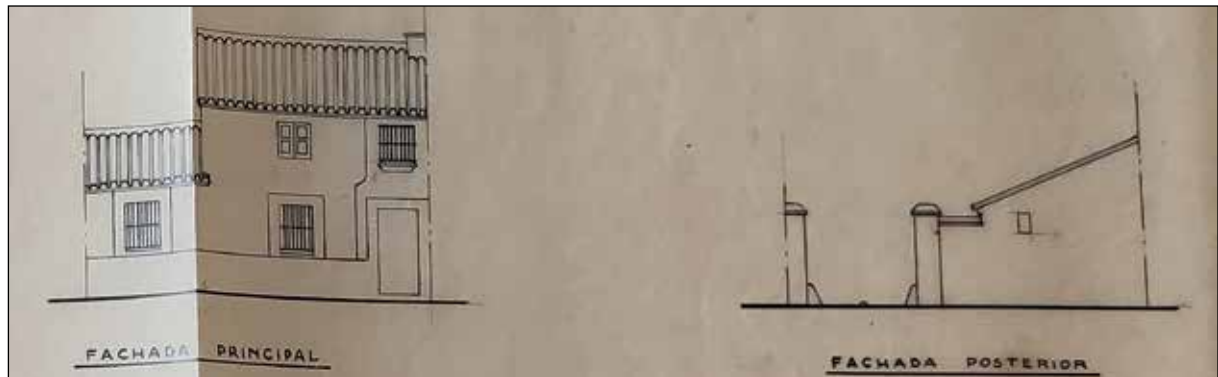


Lámina 11. Fachadas tipo de una vivienda de colonos de dos alturas de Tahivilla, en las que, además de su humildad general y el diferente tratamiento entre las fachadas principal, la residencial y la posterior, agrícola, se aprecia la composición de vacíos y llenos en la planta superior con el fin de no colmatar el alzado de la manzana. Fernando de la Cuadra, 1944. APFCI

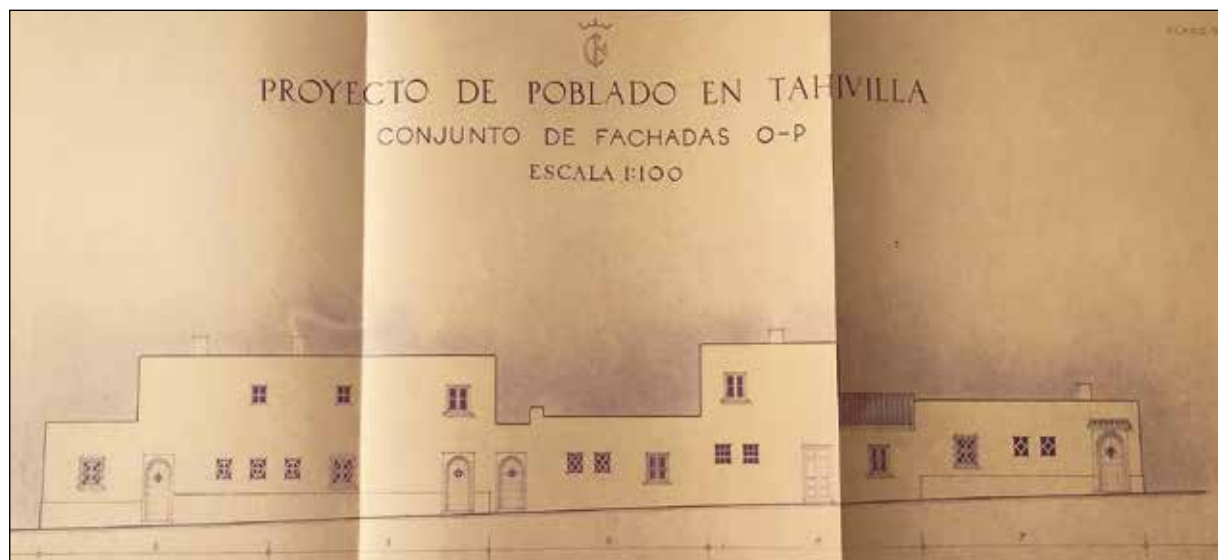


Lámina 12. Fachada principal, residencial, de una manzana de viviendas de colonos de Tahivilla, donde la alineación se confía a las plantas bajas mientras que el juego de vacíos y llenos de las superiores procura diferenciar a las manzanas. Fernando de la Cuadra, 1946. APFCI

construían su ancho completo. Esta disposición de espacios libres en las viviendas unida a la amplitud de buena parte de las calles y pequeñas plazas, arboladas y ajardinadas, con anchos superiores a las alturas de las edificaciones, determinó en Tahivilla un modelo de baja densidad de ocupación del suelo.

En cuanto a las viviendas proyectadas, las de los colonos, las mayoritarias, eran de “una y dos plantas y de varios tipos, pero cada una a ocupar por una sola familia y previstas de forma que puedan ampliarse fácilmente para adaptarlas a las necesidades” (De la Cuadra, 1944: 1). Como dependencias agrícolas contaban con “una

cuadra para seis animales mayores y un granero” (De la Cuadra, 1946: 2).

Las viviendas para artesanos, “previstas para atender debidamente el abastecimiento del poblado” (De la Cuadra, 1946: 2), se ubicaron en planta alta para destinar la baja a talleres o tiendas que resolvían su transición con la plaza incorporando porches. Sobre la calle trasera dispusieron de almacenes.

Las tres viviendas para profesionales se agruparon de forma independiente del resto del pueblo, en una manzana a la entrada. Constaban de dos plantas y también tenían la consideración de viviendas agrícolas, por lo que contaban con

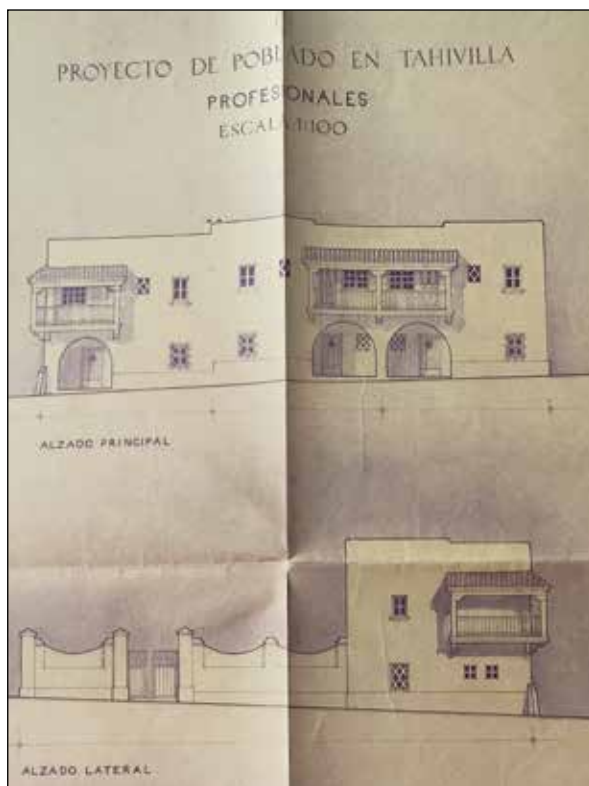


Lámina 13. Fachadas de las viviendas para profesionales de Tahivilla, con una mayor notoriedad de su composición a través de la incorporación de sus habitantes a la escena urbana mediante balcones de cierta calidad constructiva. Los alzados revelan sus correspondencias con los usos residenciales y agrícolas. Fernando de la Cuadra, 1946. APFCI

“dependencias anejas de graneros, establos, etc.” (De la Cuadra, 1946: 2).

La vivienda para el maestro, anexa a la escuela y con una única planta, también secuenciaba espacios libres y usos agrícolas en su fachada trasera, aunque de menor cuantía que en otras viviendas.

El programa de las distintas viviendas era similar. Constaban de comedor-estar, cocina, aseo y tres-cuatro dormitorios. Eran sus superficies las que revelaban la jerarquía de su destino. Las de los colonos contaban con 85 m² de superficie media, las de los artesanos con 140 m², y las de los profesionales y el curato con 150 m².

3.5 El lenguaje

Resueltos hábilmente y sin concesiones estilísticas desde las plantas el programa del INC, De la Cuadra empleó los alzados como medios expresivos con los que facilitar la adaptación al medio de las edificaciones y su asimilación en el imaginario colectivo. Para ello recurrió a un lenguaje que reutilizaba libremente elementos populares, formas, texturas y materiales, del repertorio histórico andaluz para significar los distintos destinos de los edificios. Especialmente en las calles peatonales, en las destinadas a animales se prescindía de recursos ornamentales.

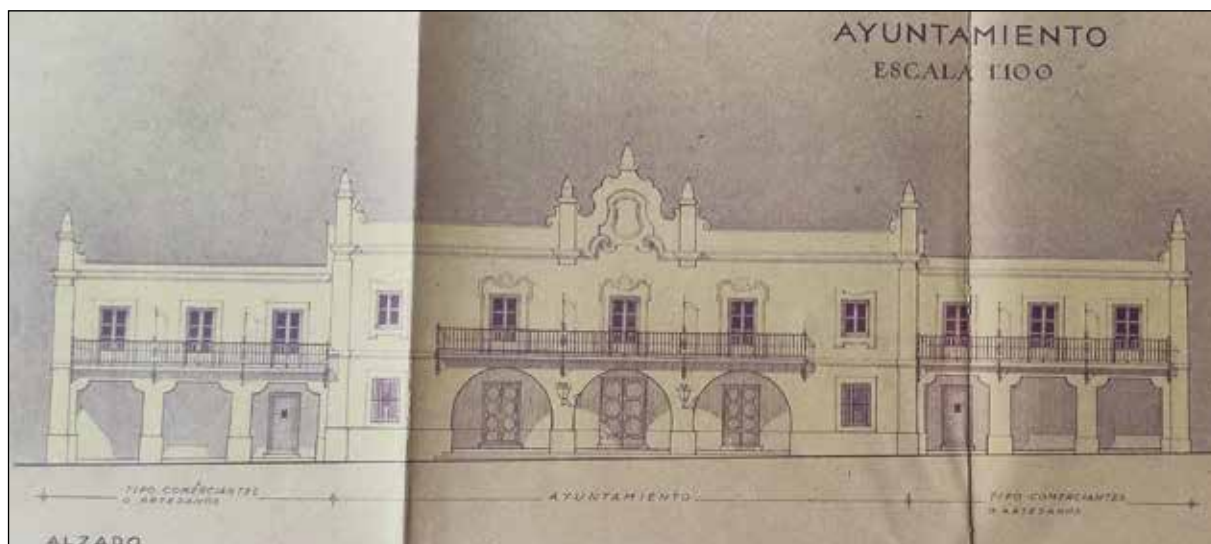


Lámina 14. Fachada de la casa consistorial de Tahivilla y de las viviendas y locales para artesanos, en la que se formaliza el papel institucional de la primera, en el centro de la composición, mediante el empleo de los elementos más representativos del repertorio popular andaluz, que se destaca en escala, remate y tipo de soportales de las viviendas de los artesanos. Fernando de la Cuadra, 1946. APFCI

Así, los alzados de las viviendas oscilaron entre la humilde apariencia de las de los colonos, cuya uniformidad solo se interrumpía por enmarcados en huecos y zócalos, y por balcones en aquellas que disponían de dormitorios en su planta alta, y los más elaborados de las viviendas de los profesionales, que presentaron balcones de madera cubiertos con teja.

La casa consistorial formalizó su papel institucional con una mayor escala, menos doméstica, con soportal de arcos apuntados en planta baja con continuidad en la superior con el balcón municipal, y remate decorativo superior. A ambos lados, las viviendas y locales para artesanos reproducían este esquema, diferenciándose en la forma rectangular de los soportales.

Más allá de la transposición constructiva del programa del INC, De la Cuadra extendió “camuflado con escudos, chapiteles y espadañas” (Chaves, 2019: 132) la arquitectura moderna introducida en España por el GATEPAC en el primer tercio del siglo pasado. Tahivilla trasciende la consideración reduccionista de ser un poblado oficial trazado artificialmente en la nada, a medias entre la racionalidad económica de una autarquía y la recreación del tipismo andaluz. Tahivilla es la construcción de un nuevo paisaje sobre el territorio. Un paisaje moderno que muestra la ardua asimilación de la arquitectura moderna en la España de posguerra. En el medio rural, inadecuado a priori para tales ensayos.

Tahivilla fue el tercer poblado que el Instituto Nacional de Colonización construyó a nivel nacional. Tras Gimenez, en Lérida, y El Torno, en Jerez de la Frontera. Siendo por tanto el segundo de Andalucía (Calzada, 2006b: 49 y 52, y 2006c: 81). Aunque lamentablemente no se construyó tal como fue proyectada, se incluye en la base de datos del Patrimonio Inmueble del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico con código 01110350063.

4. CONCLUSIONES

El poblado de colonización de Tahivilla se enmarca en el proceso de reconstrucción del territorio nacional que siguió a la victoria franquista, con el que tejer una estructura productiva agraria que garantizara la

autosuficiencia de un país que se aprestaba a embocar el negro callejón de la autarquía. Sin embargo, este proceso se nutrió de experiencias acumuladas con un objetivo ideológico bien distinto: el de redistribuir la tierra entre el campesinado iniciado por la II República.

La redacción de los proyectos del poblado de Tahivilla, entre los años 1944 y 1947, correspondió a Fernando de la Cuadra. Un arquitecto coherente e inquieto que, partiendo de sus estudios sobre la vivienda rural, introdujo el racionalismo del proyecto moderno surgido de las vanguardias de la Europa central de entreguerras en un contexto socioeconómico, cultural y técnico radicalmente diferente de la España de posguerra.

El trazado de Tahivilla es producto de la teoría urbanística moderna. En cuanto al empleo de una trama lógica, científica, funcionalista respecto al viario. De bandas uniformes donde contener elementos urbanos de dimensiones regulares y, por ello, fácilmente reproducibles. Pero alterada a conveniencia en base a una sistematización de reglas de recreación pintoresca para evitar convertir el espacio urbano en un escenario monótono y predecible. Una afortunada combinación en el medio rural del carácter tradicional de la calle andaluza con las técnicas modernas de significación de elementos urbanos.

La arquitectura de Tahivilla supone un acercamiento al lenguaje moderno a través de una figuración de corte popular. Su espacio edificado hunde sus raíces en el repertorio histórico andaluz para reinterpretarlo libremente, inspirándose en sus formas, colores y materiales, desprendiéndose de lo anecdótico y reconciliando la sabiduría contrastada de lo tradicional con los novedosos conceptos plásticos y espaciales de la arquitectura moderna.

La arquitectura popular constituyó el soporte del que extraer consideraciones tipológicas para establecer tipos arquitectónicos de fácil reproducción y viables dentro de la coyuntura económica del país durante la posguerra. Adoptando sobre el hacer y construir de los materiales vernáculos, los únicos posibles, una nueva mirada.

5. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

5.1 Fuentes

- De la Cuadra, F. (1944). Anteproyecto comprendiendo 60 viviendas protegidas, 2 escuelas e Iglesia [Memoria y planos]. Archivo privado arquitecto Fernando de la Cuadra Irizar (APFCI), Jerez de la Frontera. Memorias: páginas 1-4, planos: sin ordenar.
- De la Cuadra, F. (1946). Proyecto de poblado en Tahivilla [Memoria y planos]. Archivo privado arquitecto Fernando de la Cuadra Irizar (APFCI), Jerez de la Frontera. Memorias: páginas 1-5, planos: sin ordenar.
- De la Cuadra, F. (1947). Proyecto de poblado en Tahivilla [Planos]. Archivo profesional Fernando de la Cuadra Irizar, Jerez de la Frontera. Planos: sin ordenar.

5.2 Bibliografía

- Anónimo. (1934). “Concurso de anteproyectos para la construcción de poblados en las zonas regables del Guadalquivir y el Guadalquivir”. *Arquitectura* (10), pp. 267-298.
- Bidagor, P. (1939). “Plan de Ciudades”, Texto de las sesiones celebradas en el Teatro Español de Madrid por la Asamblea Nacional de arquitectos los días 26, 27 y 28 de junio de 1939. Madrid: Servicios Técnicos de FET y de las JONS, Sección de Arquitectura.
- Blein, G. (1940). “La unidad urbana en Madrid”. *Revista Reconstrucción* (7), pp. 16-23.
- Box, Z. (2012). “El cuerpo de la nación. Arquitectura, urbanismo y capitalidad en el primer franquismo (1)”. *Revista de Estudios Políticos (nueva época)* (155), pp. 151-181.
- Calzada Pérez, M. (2006a). “La colonización interior en la España del siglo XX. Agrónomos y arquitectos en la modernización del medio rural”. (Tesis Doctoral Inédita). Universidad de Sevilla.
- Calzada Pérez, M. (2006b). “Pueblos de colonización I: Guadalquivir y cuenca mediterránea sur”. Córdoba: Fundación Arquitectura Contemporánea.

- Calzada Pérez, M. (2006c). “Pueblos de colonización III: Ebro, Duero, Norte y Levante”. Córdoba: Fundación Arquitectura Contemporánea.
- Chaves Martín, M. A. (2019). “Cine, Arquitectura, Ideología. Un episodio de la España de la Autarquía”. *Arte y Ciudad – Revista de Investigación* (15-16), pp. 129-142.
- Dueñas Lorente, J. D. (1997). “Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa”. *Anales de la Fundación Joaquín Costa* (14), pp. 97-122.
- Mosquera Adell, E. y Pérez Cano, M. T. (1990). “La Vanguardia Imposible. Quince visiones de arquitectura contemporánea andaluza”. Sevilla: Centro de Estudios Territoriales y Urbanos de la Consejería de Obras Públicas y Transportes, Dirección General de Arquitectura y Vivienda, Junta de Andalucía.
- Tamés Alarcón, J. (1948). “Proceso urbanístico de nuestra colonización interior”. *Revista Nacional de Arquitectura* (83), pp. 413-424.
- VVAA. (2008). *Pueblos de colonización durante el franquismo: la arquitectura en la modernización del territorio rural*. Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, coordinación de la edición: Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico.

José Ramón Rodríguez Álvarez
Arquitecto

Cómo citar este artículo:

José Ramón Rodríguez Álvarez (2022). “Tahivilla. Construcción de un paisaje moderno en el territorio”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (56), abril 2022. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 63-75.
